

Alzar la mirada para encontrarse con la paz de Cristo

Subcomisión Episcopal para la Acción Caritativa y Social

Un acontecimiento histórico, para alzar la mirada

La festividad del Corpus Christi está marcada este año por la visita del papa León XIV a nuestro país. El Santo Padre ha querido que uno de los actos centrales de su estancia sea la celebración de la Eucaristía y la posterior procesión del Corpus por las calles de Madrid. El Papa nos anima, durante estos días, a alzar la mirada.

https://www.youtube.com/watch?v=AibvRYMVZhA&list=RDAibvRYMVZhA&start_radio=1 *Alza la mirada*

Esta mirada a lo alto solo es posible en Cristo resucitado. Él es quien abre las puertas y ventanas de la casa donde estaban los discípulos encerrados por miedo, para salir al mundo con una mirada renovada. «Paz a vosotros» fueron las primeras palabras del resucitado, al igual que han sido las primeras con las que el papa León saludaba a la humanidad entera en el comienzo de su pontificado.

Hace más de 20 años, San Juan Pablo II, con la carta apostólica *Mane nobiscum Domine* presentó al mundo «**la Eucaristía como una gran escuela de paz**»¹. La celebración del Corpus es una invitación para el mundo entero a profundizar en esta escuela.

Mirar desde las víctimas

Si hablamos de una escuela de paz hemos de reconocer que **estamos aún en los cursos más elementales**, que no hemos sido alumnos muy aplicados, que la humanidad parece haber dado la espalda a la paz. Las numerosas guerras en diversas partes del mundo son una clara muestra, guerras que ocupan las portadas de los medios de comunicación, pero también aquellas guerras olvidadas de las que nadie habla, como si no existieran.

Es en esos lugares, donde se sufre la violencia, donde la **fraternidad se ha resquebrajado, donde la pobreza es una carga insoportable..., es en los lugares más olvidados y heridos de la humanidad «donde Cristo sigue sufriendo y resucitando**. Es en ellos donde la Iglesia redescubre la llamada a mostrar su realidad más auténtica»². «En los pobres Él sigue teniendo algo que decirnos»³, porque aquí es donde se aprende la gran lección de esta escuela de paz: «la santidad cristiana»⁴.

Poner la mirada en Cristo

Estamos llamados a mirar a Cristo desde esta escuela de la santidad que son las víctimas de este sistema injusto. Al igual que el grano triturado forma el pan que se transformará en el cuerpo y la sangre de Cristo en la Eucaristía, así la vida quebrada de tantas personas víctimas de violencia nos facilita poner la mirada en el Dios que reconocemos en los pobres y sufrientes⁵. En la celebración del Corpus, el papa León invita a toda la Iglesia a dirigir la mirada continuamente al Señor, presente en el Sacramento del Altar y en el cual se descubre la plena manifestación de amor.

Al alzar nuestra mirada a Cristo Eucaristía descubrimos que se cumple su promesa: «sabed que yo estoy con vosotros todos los días, hasta el final de los tiempos»⁶. **Esta mirada da lugar a un encuentro transformador con Cristo de corazón a corazón, un movimiento «del corazón de Dios al corazón del hombre y, a la inversa, del corazón del hombre al corazón de Dios; un intercambio incesante que afecta a la persona en el conjunto de sus dimensiones: afectiva, intelectual y volitiva»⁷.**

El encuentro con Cristo transforma *la vida, «para que toda ella llegue a ser en cierto modo “eucarística”»* **8. Transformar la existencia personal y comprometernos con la transformación del mundo según el Evangelio.** Es necesario ver la luz del Señor y creer en Él para no hundirse en la oscuridad. Esta luz se abre paso en el corazón de cada ser humano a pesar de las resistencias, guerras y egoísmos. «La paz existe, quiere habitar en nosotros, tiene el suave poder de iluminar y ensanchar la inteligencia, resiste a la violencia y la vence. Como dijo el papa León XIV en su mensaje para la Jornada Mundial de la Paz de este año, «la paz tiene el aliento de lo eterno; mientras al mal se le grita “basta”, a la paz se le susurra “para siempre”».

Dejarse iluminar por quien camina entre nosotros

Durante *la procesión del Corpus se manifiesta el caminar de Dios en medio de su pueblo.* Como un faro luminoso que ilumina nuestra vida social y personal, Cristo va calando en nuestras vidas. En la medida que reine entre nosotros, «la vida social será ámbito de fraternidad, de justicia, de paz y de dignidad para todos»⁹. De este modo, **la experiencia cristiana provoca consecuencias sociales.**

En la escuela de la Eucaristía, el cristiano aprende a ser promotor de comunión, de paz y de solidaridad en todas las circunstancias de la vida. Aprende a vivir el discipulado en Cristo, que ilumina un nuevo nacimiento¹⁰ capaz de regenerar la fraternidad como base de la vida social. La presencia de Cristo entre nosotros nos ilumina para reconocer las estructuras de injusticia que deben ser destruidas con la fuerza del bien, mediante un cambio de mentalidad, pero también con políticas que

buscan el bien común y que promueva una solidaridad capaz de transitar caminos «hacia la paz y hacia el desarrollo»¹¹.

Tal y como nos recordaba el papa León XIV, queremos «invitar a cada uno, según su puesto y responsabilidades, a realizar gestos de fraternidad con los que se encuentran en un estado de sometimiento»¹². Gestos que hagan presente el Reino de Dios, como anunció Jesús en la sinagoga de Nazaret¹³:

- Vivir en relación con los demás, salir del aislamiento y hacer que la comunidad sea espacio para tejer relaciones fraternales y amistosas.
- Realizar signos de entrega y servicio verdadero. El amor no es un sentimiento, el amor o es real o es una fantasía novelada. *Decir que uno se hace pan significa que trabaja por saciar el hambre en todos los aspectos y dimensiones.*
- Abrir espacios nuevos acogedores y hospitalarios, en los que podamos activar la caridad para servir y atender mejor, para cuidarnos mutuamente, para celebrar y dar gracias por la vida.

Un deseo desde el corazón

Nuestro deseo, desde lo más hondo del corazón, es que la celebración del Corpus sea un encuentro con Cristo que camina en medio de nosotros, que nos pide alzar la mirada desde nuestras heridas, que nos urge a dejarnos iluminar y transformar por Él, y que *nos exige demostrar todo eso siendo agentes convencidos de transformación y cambio de las estructuras injustas de este mundo*. El papa León XIV lo dice con mucha claridad: «En la medida en que Él logre reinar entre nosotros, la vida social será ámbito de fraternidad, de justicia, de paz, de dignidad para todos»¹⁴.

¹ JUAN PABLO II, Carta apostólica *Mane nobiscum Domine*, 27.

² LEÓN XIV, Exhortación Apostólica *Dilexi te*, 76

³ *Ibid*, 5.

⁴ *Ibid*, 76.

⁵ Cf. FRANCISCO, Exhortación apostólica *Gaudete et exsultate*, 96.

⁶ Mt 28, 20.

⁷ COMISIÓN EPISCOPAL PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *Cor ad cor loquitur*, 1.

⁸ JUAN PABLO II, Encíclica *Ecclesia de Eucharistia*, 20.

⁹ FRANCISCO, Exhortación Apostólica *Evangelii Gaudium*, 180.

¹⁰ Cf. 2 Co 5,17; 1 Pe 1,3.

¹¹ JUAN PABLO II, Encíclica *Sollicitudo Rei Socialis*, 39.

¹² LEÓN XIV, Mensaje para la Jornada Mundial de la Paz 2026, 6

¹³ Lc 4, 16-20.

¹⁴ LEÓN XIV, Exhortación Apostólica *Dilexi te*, 97.

Como es natural, la celebración de la misa ha ido cambiando a lo largo de los siglos. Según la época, teólogos y liturgistas han ido destacando algunos aspectos y descuidando otros. La misa ha servido de marco para celebrar coronaciones de reyes y papas, rendir homenajes o conmemorar victorias de guerra. Los músicos la han convertido en concierto. Los pueblos la han integrado en sus devociones y costumbres religiosas...

Después de veinte siglos, puede ser necesario recordar algunos de los rasgos esenciales de la última Cena del Señor, tal como era recordada y vivida por las primeras generaciones cristianas. En el fondo de esa cena hay algo que jamás será olvidado: sus seguidores no quedarán huérfanos. La muerte de Jesús no podrá romper su comunión con él. Nadie ha de sentir el vacío de su ausencia. Sus discípulos no se quedan solos, a merced de los avatares de la historia.

En el centro de toda comunidad cristiana que celebra la eucaristía está Cristo vivo y operante. Aquí está el secreto de su fuerza. De él se alimenta la fe de sus seguidores. No basta asistir a esa cena. Los discípulos son invitados a «comer». Para alimentar nuestra adhesión a Jesucristo, necesitamos reunirnos a escuchar sus palabras e introducirlas en nuestro corazón, y acercarnos a comulgar con él identificándonos con su estilo de vivir. Ninguna otra experiencia nos puede ofrecer alimento más sólido.

No hemos de olvidar que «comulgar» con Jesús es comulgar con alguien que ha vivido y ha muerto «entregado» totalmente por los demás. Así insiste Jesús. Su cuerpo es un «cuerpo entregado» y su sangre es una «sangre derramada» por la salvación de todos.

Es una contradicción acercarnos a «comulgar» con Jesús, resistiéndonos egoístamente a preocuparnos de algo que no sea nuestro propio interés. Nada hay más central y decisivo para los seguidores de Jesús que la celebración de esta cena del Señor. Por eso hemos de cuidarla tanto.

Bien celebrada, la eucaristía nos moldea, nos va uniendo a Jesús, nos alimenta de su vida, nos familiariza con el evangelio, nos invita a vivir en actitud de servicio fraterno, y nos sostiene en la esperanza del reencuentro final con él.